

## MADERA Y AGUA

LA IMPONENTE NATURALEZA DE JAMAICA, SU FRONDOSA JUNGLA Y SUS PLAYAS CARIBEÑAS COMPONEN LA FACETA MÁS PARADISIACA DE UNA ISLA QUE ATRAE A MILLONES DE TURISTAS AÑO TRAS AÑO. POR PABLO ORTEGA

Cuando el 4 de mayo de 1494 Cristóbal Colón desembarcó en Discovery Bay, en la costa norte de la que es la tercera mayor isla del Caribe, quedó tan impresionado por su belleza que escribió lo siguiente en su diario: "Es el lugar más hermoso que mis ojos jamás han contemplado, con montañas que parecen tocar el cielo. Todo lleno de valles, campos y llanuras". Quizá sus palabras sean exageradas, quizá no se trate del lugar más hermoso del planeta, pero no hay duda de que Jamaica es uno de esos destinos que han sido bendecidos por la Madre Tierra.

Los taínos, aquel pueblo indígena que habitaba la isla antes de ser aniquilado por la barbarie colonizadora, la llamaban Xay-maca, que significa "tierra de la madera y el agua". Y es que Jamaica es precisamente eso: un interior compuesto por montañas repletas de pura jungla tropical, de cascadas y de ríos que son rodeados por playas de arena blanca y aguas turquesas.

**JAMAICA SE VUELCA SIN COMPLEJOS EN LA ACTIVIDAD TURÍSTICA, SOBRE TODO EN SU COSTA NORTE**

Una madera y un agua que cada año atraen a dos millones de visitantes (la población total de la isla no llega a los tres), convirtiendo al turismo en su principal fuente de ingresos, una actividad económica en la que el país se vuelca sin complejos sobre todo en la costa norte, donde se con-

centra su mayor oferta. La misma costa por la que llegó Colón; por la que llegan en masa los americanos y canadienses que aquí son mayoría dada la cercanía geográfica y cierta afinidad cultural anglosajona (fruto de la presencia británica en estas tierras durante más de tres siglos, el idioma oficial es el inglés, aunque entre los lugareños se habla el *patois*, un dialecto en el que se mezcla el inglés con otros términos africanos e incluso españoles) y por la que llegamos también nosotros al inicio de nuestro viaje.

### El reino del Todo Incluido

Es significativo que el principal aeropuerto del país no sea el de su capital, Kingston, situada al sureste, sino que se trate del Sangster International Airport de Montego Bay, la segunda ciudad más poblada de Jamaica, situada en la costa norte e indiscutible capital turística de la isla. Aquí es donde se concentran los inmensos *resorts* de cientos de habitaciones, el reino de las pulseras del Todo Incluido, del turismo más puro y duro de luna de miel y campo de golf, de aquellos a los que poco parece importarles lo que suceda más allá del *aquabar* y de la playa privada, ya se trate de extranjeros (en su mayoría) o de jamaicanos pudientes que establecen aquí su destino vacacional.

La oferta hotelera en Montego Bay es creciente y de muy buena calidad, y aunque aquí lo que predominan son los enormes establecimientos hoteleros a precios bastante asequibles para el norteamericano o el europeo medio, cada vez está surgiendo una mayor diversificación entre unos *resorts* que podríamos definir como estándar, y otros que aportan un valor añadido en infraestructuras y servicios. Entre estos últimos

encontramos el RIU Palace Jamaica, que luce sus cinco estrellas con la lustrosa apariencia del que ha abierto recientemente sus puertas, y el IBEROSTAR Rose Hall Beach Grand Collection, perteneciente a la gama superior de la cadena española.

Montego Bay sería por tanto primo hermano de otros destinos más conocidos por los españoles como Varadero en Cuba o Punta Cana en República Dominicana, pero sin perder una esencia jamaicana propia que le diferencia de sus vecinos caribeños y que para conocerla no queda otra opción que cruzar el umbral del *resort*.

Sin necesidad de movernos demasiado podemos bañarnos en la cercana y maravillosa playa de Doctor's Cave Beach a la que acude –previo pago– la población local debido a las cualidades medicinales que se les atribuyen a sus aguas; degustar en el Chill Out Hut, a los pies del Caribe, un plato tradicional de pescado salado y *akee* (fruto que es venenoso si no es cocinado) o de *jerk* (carne, normalmente de pollo, marinada en salsa picante y cocinada a la parrilla a fuego lento); conocer un poco más su pasado colonial mediante la visita a la Greenwood Great House, construida en el siglo XIX; o entrar en contacto con su naturaleza salvaje descendiendo el Martha Brae River a bordo de un barcaza fabricada con troncos que hace las veces de góndola tropical.

### De Negril a Ocho Ríos

Por mucho que el visitante trate de huir de los tópicos que acompañan a Jamaica –ese triunvirato formado por el reggae, el rastafarismo y la marihuana– la tarea es complicada, ya que son elementos que, si bien no son mayoritarios, sí tienen una





presencia significativa y, más allá de ser empleados como mero reclamo turístico (que también), forman parte del día a día de un sector de sus habitantes. Sin ir más lejos, en Montego Bay se celebra cada mes de julio el festival de reggae más importante del mundo, la *ganja* –como se le llama aquí a la marihuana– es ofrecida sin pudor tanto en las esquinas como en los hoteles de cinco estrellas a pesar de ser ilegal, y la iconografía rastafari no sólo está omnipresente en los puestos y las tiendas, sino que también es vestida por un buen número de lugareños. Un ambiente que quizá sea más predominante en unos lugares que en otros, como es el caso de Negril, en la costa noroeste, un antiguo refugio de *hippies* y artistas en los sesenta que, a pesar de ha-

berse convertido en uno de los puntos más turísticos del país en la actualidad, aún hoy mantiene algo de esa esencia de antaño a través de veteranos de la psicodelia que ‘vuelan’ incluso más alto que esos jóvenes muchachos que se lanzan al agua desde los acantilados de treinta metros que rodean el famoso y comercial Rick’s Café.

Esa misma finísima línea divisoria entre lo tópico y lo real, entre lo turístico y lo auténtico, se percibe al visitar la casa natal y mausoleo de Bob Marley, el incuestionable héroe nacional de Jamaica, que se encuentra en una pequeña aldea llamada Nine Mile, cerca de Ocho Ríos (al este de Montego Bay). Si bien es innegable el suculento negocio que hay detrás de la marca Marley, también lo es que son muchos los que acuden a

este lugar, llegados de distintos puntos del planeta, dando prueba de un misticismo y una espiritualidad sobrecogedora, independientemente de que luzcan o no rastas en su cabellera.

Y al recorrer lugares como las cascadas encadenadas de Dunn’s River Falls o el bosque de helechos Fern Gully (ambos también cercanos a Ocho Ríos), comprendemos por qué fue precisamente aquí, y no en ningún otro lugar, donde nació el reggae, un estilo musical que mantiene una poderosa conexión con una naturaleza que en Jamaica todo lo invade.

### La isla de los famosos

Cualquiera que se aloje en *resorts* como el Jamaica Inn de Ocho Ríos, con el mar a unos escasos veinte metros de las terrazas de las habitaciones de estilo colonial, o en una de las villas del Trident Hotel con terraza privada con jacuzzi y vistas a un acantilado del exuberante Port Antonio, en la costa noreste, estará muy cerca de sentirse como alguna de las muchas *celebrities* que se han dejado cautivar por la isla. El escritor Ian Fleming parió a su personaje de James Bond en su espectacular residencia cerca de Ocho Ríos, hoy convertida en un *resort* de lujo llamado GoldenEye y frecuentado por personalidades de todo el mundo (nosotros, por ejemplo, coincidimos en nuestra visita con el ex jugador de la NBA Rasheed Wallace), y algunas de sus películas como *James Bond contra el Doctor No* o *Vive y deja morir* han sido rodadas en el país. También el actor, dramaturgo y compositor inglés Noël Coward vivió sus últimos años en una casa en las colinas de Ocho Ríos. En Port Antonio, Brooke Shields se bañó desnuda en la Blue Lagoon durante el rodaje de *El lago azul*; artistas como Alicia Keys y la difunta Amy Winehouse acudieron en varias ocasiones al estudio Geejam, ubicado en plena selva, e incluso se asegura que Elizabeth Taylor y Richard Burton sentían predilección por la indescriptible belleza de esa playa rodeada de vegetación, arenas doradas y aguas cristalinas que es Frenchman’s Cove. Una larga lista a la que también habría que sumar, entre otros, al productor musical Chris Blackwell, el actor Errol Flynn o el músico Johnny Cash. Y es que es difícil resistirse a pasar una temporada en el paraíso. ■



## LA OTRA CARA DEL PARAÍSO

AL IGUAL QUE TODO 'SINGLE' TIENE SU CARA B, EN TODO DESTINO TURÍSTICO EXISTE OTRA REALIDAD QUE RARA VEZ SE INCLUYE EN LAS POSTALES O LOS FOLLETOS DE LAS AGENCIAS DE VIAJES. BIENVENIDOS A KINGSTON, LA CAPITAL DE JAMAICA. POR PABLO ORTEGA

Desde lo alto de las Blue Mountains, la principal cadena montañosa de Jamaica y cuna del que es considerado uno de los mejores cafés del mundo, divisamos Kingston a sus pies. La capital de Jamaica, ubicada en el sureste de la isla, es la ciudad más grande del país. Allí viven unas 800.000 personas (lo que supone casi el 25% de la población total) y, envueltos por la frondosidad vegetal y la tranquilidad de la montaña, se presenta ante nosotros como uno de los contrastes más profundos que encontramos en nuestro viaje. Porque si Jamaica es fundamentalmente rural, pura naturaleza, Kingston es asfalto, es ajetreo, es la gran ciudad dentro del paraíso.

Desde lo alto vemos cómo Kingston se expande descendiendo en dirección sur hasta una de las bahías naturales más extensas del mundo que forma el que es el puerto natural más grande del Caribe, desde donde parten el azúcar, el café, el ron,

**LA CAPITAL DE JAMAICA TIENE MUCHAS CARAS Y VIVE ENTRE LA OPULENCIA Y LA MARGINALIDAD**

la melaza y los plátanos que Jamaica exporta al resto del planeta. Kingston es el centro administrativo del país, pero también el núcleo de su actividad comercial, de negocios e industrial. Algo que se refleja en una arquitectura en la que se mezclan las casas de estilo georgiano, los altos edificios de

oficinas y los suburbios en los que habita la clase trabajadora, es decir, la mayor parte de sus habitantes.

### A pie de calle

Una vez que pisamos las aceras de su zona centro (en el llamado Downtown), la ciudad se muestra abrumadora, grande, bulliciosa. El ritmo es incesante y el tráfico denso y caótico. Para el visitante recién llegado de la tranquilidad selvática y las relajantes playas del norte, la ciudad puede mostrarse dura, áspera e incluso hostil. Y es que el centro de Kingston no es un lugar demasiado transitado por turistas, y las miradas de algunos lugareños son desafiantes y están envueltas en la desconfianza, más aún si se lleva una cámara fotográfica al cuello y se intenta –discretamente, eso sí– retratarlos. Unos policías, ataviados con chalecos antibalas, miran impasibles un conato de pelea entre dos taxistas –uno de ellos piedra en mano– que disputan por hacerse con un cliente, como si ese ambiente frenético fuera el habitual en sus abarrotadas calles. Los vendedores ofrecen a los peatones mercancías de todo tipo y desde numerosos comercios sale la música a todo volumen, ritmos que sustituyen el reggae más tradicional por variantes más modernas, más cercanas al dancehall y la electrónica que a las composiciones de Bob Marley. Y es que existe otra Jamaica que poco tiene que ver con las pulseras de Todo Incluido o con los resorts de lujo sólo al alcance de unos pocos.

Aquí late el auténtico corazón de Jamaica, la esencia de los habitantes de un país que es mucho más que playas y turismo; de un pueblo fiero que, aunque caribeño, se siente orgulloso de su origen africano, está

marcado por su pasado de esclavitud y curtido por una historia repleta de desgracias y de dolor. Quizá por todo ello –y por supuesto cayendo en la inevitable generalización– no terminan de mirar con buenos ojos a aquellos forasteros que escapan del hábitat turístico.

Por tanto, Kingston quizá sea un lugar más adecuado para el viajero que para el turista; para aquellos que quieren profundizar en la cultura y la forma de vida real jamaicana que para los que se conforman con rascar la superficie. Aunque ambos grupos pueden encontrar atractivos en esta ciudad. Los primeros sumergiéndose en las manifestaciones artísticas contemporáneas, ya sea a través de la imprescindible National Gallery, de la artesanía (que no souvenirs) de sus caóticos mercados, de teatros como el Ward Theatre o de los estudios de grabación y discotecas que colocan a Jamaica en general –y Kingston en particular– en el mapa de los lugares de interés musical.

Los segundos, por su parte, quizá se sientan más cómodos en New Kingston (en el Uptown), la zona moderna de la ciudad donde el ambiente es más relajado y donde se concentran los bloques de edificios altos, las embajadas y los comercios más sofisticados. Un 'gueto' para turistas y residentes extranjeros blancos que rara vez salen de fabulosos hoteles de cinco estrellas –como el Spanish Court, por ejemplo– si no es para visitar alguno de esos lugares cercanos que suelen estar marcados como "imprescindibles" en las guías de viajes.

Nos referimos a sitios como el Emancipation Park, en el centro de este barrio, donde su famosa y original estatua bautizada como Redemption Song representa a





una pareja de esclavos desnudos mirando al cielo junto al lema "Nadie más que nosotros puede liberar nuestras mentes". Aquí también se encuentra el Museo de Bob Marley, ubicado en la que fuera su casa y estudio durante la última etapa de su corta vida, una vez que ya disfrutaba de las mieles del éxito y de la fama. Otro lugar muy transitado es la Devon House, una hermosa casa ajardinada que fue construida a finales del siglo XIX por George Stibel, el que fuera el primer jamaicano negro en hacerse millonario trabajando en las minas de oro de Venezuela, y cuya opulencia parece poner aún más de manifiesto las obscenas desigualdades sociales existentes entre los habitantes de la ciudad.

Y es que, aunque Kingston es la antítesis del resto de la isla, también encontramos dentro de sus límites importantes contrastes que no pasan indiferentes a los ojos del visitante. La capital tiene muchas caras y vive entre la opulencia y la marginalidad, localizadas en zonas perfectamente identificables. Las clases más adineradas han

asentado sus residencias en el noreste, en las laderas de las Blue Mountains, en el Uptown, una especie de Beverly Hills jamaicano. Sin embargo, la mayor parte de sus habitantes se concentra en los suburbios del Downtown, junto al mar, donde las drogas se ensañan con el eslabón más débil de una sociedad golpeada por la superpoblación y por una tasa de desempleo que ronda el 30%, abocándola a una delincuencia que parece inevitable.

### Los nuevos piratas

Las figuras de aquellos bucaneros que en el siglo XVII tenían su base de operaciones en el cercano Port Royal, y que convirtieron a Jamaica en "la isla de los piratas del Caribe", parece que ahora han mutado en una versión moderna y aún más despiadada. Se trata de gánsters que han cambiando sus espadas por pistolas y han sustituido su afán de dominio de los mares por el del control de las bandas que atestan los suburbios y que llevan años envueltas en una encarnizada guerra por hacerse con el suculento

mercado de las drogas. Una violencia continua que provoca que Kingston aparezca frecuentemente en las negras estadísticas de las ciudades más inseguras del mundo debido a su altísimo índice de homicidios, que ha llegado a alcanzar en años anteriores, aunque no muy lejanos, el trágico récord de un asesinato cada seis horas.

Pero no nos confundamos, Kingston tampoco es Bagdad, y la violencia que aquí existe está localizada en puntos muy concretos de la ciudad. Tomando las precauciones adecuadas y utilizando la mejor arma de la que puede valerse el viajero – el sentido común – la ciudad ofrece muchos atractivos que no se debería dejar escapar. Además, un buen número de programas gubernamentales y fundaciones – como la de Usain Bolt, otro de los grandes héroes jamaicanos contemporáneos – tratan de dar a través del deporte una oportunidad a las generaciones más jóvenes y desfavorecidas para que así, por fin, Jamaica consiga esa verdadera y completa libertad a la que tanto le cantó Bob Marley. 📌

